

minotauro

RAY BRADBURY

MUCHO DESPUÉS
DE MEDIANOCHÉ



RAY

BRADBURY

MUCHO DESPUÉS DE MEDIANOCHE

minotauro

Mucho después de medianoche

Copyright © 1976, renewed 2004 by Ray Bradbury
Originally published as *Long After Midnight*

Publicación de Editorial Planeta, SA. *Diagonal*, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 1991 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro, 2022

ISBN: 978-84-450-1308-3
Depósito legal: B. 23.263-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

LA BOTELLA AZUL

Los relojes de arena se habían derrumbado sobre los guijarros blancos. Las aves del cielo volaban ahora por viejos cielos de roca y arena, enterradas, con sus cantos interrumpidos.

Los fondos muertos de los mares transportaban el polvo que inundaba la tierra cada vez que el viento le ordenaba interpretar una antigua canción de destrucción. Las ciudades eran ahora graneros de silencio, donde se almacenaba y conservaba el tiempo, estanques y fuentes de quietud y memoria.

Marte estaba muerto.

En esa vasta inmovilidad, a una gran distancia, se alzó el zumbido de un insecto que fue aumentando entre las colinas de canela y viajó por el aire abrasado por el sol hasta que la carretera tembló y el polvo se deslizó susurrando por las viejas ciudades.

Cesó el ruido.

En el silencio tornasolado del mediodía, Albert Beck y Leonard Craig, sentados en un viejo todoterreno, contemplaban una ciudad muerta e inmóvil que se alzaba ante sus ojos esperando su grito.

—¡Hola!

Una torre de cristal se derrumbó convertida en una lluvia de polvo fino.

—¡Eh, vosotros!

Otra torre se desmoronó.

Y luego otra, y otra, a medida que Beck les comunicaba su sentencia de muerte. Animales de piedra con grandes alas de granito se abatían en vuelos demoledores para golpear patios y fuentes. Los gritos de Beck los llamaban como si fueran bestias vivas y estas le respondían, gemían, crujían, se inclinaban, se ladeaban y temblaban, vacilantes, luego se precipitaban cortando el aire con las bocas torcidas y las cuencas de los ojos vacías, con unos dientes afilados y perpetuamente hambrientos, repentinamente arrancados y arrojados como metralla al pavimento.

Beck esperó. No cayeron más torres.

—Ya es seguro ir.

Craig no se movió.

—¿Para lo mismo?

Beck asintió con la cabeza.

—¡Todo esto por una maldita botella! No lo entiendo. ¿Qué tiene para que todo el mundo la quiera?

Beck bajó del coche.

—Los que la han encontrado nunca lo han dicho, nunca lo han explicado. Pero es... antigua. Tanto como el desierto, como los mares muertos... y podría contener algo. Es lo que dice la leyenda. Y esa posibilidad de que contenga algo... Bueno, eso es lo que estimula el deseo del ser humano.

—El tuyo, no el mío —repuso Craig. Apenas movía los labios al hablar; tenía los ojos entrecerrados y una expresión levemente risueña. Se estiró perezosamente—. Solo te acompaño por el viaje. Prefiero mirarte a ti que quedarme sentado con este calor.

Beck se había topado con el todoterreno hacía un mes, antes de que Craig se hubiera unido a él. Formaba parte de los restos de la Primera Invasión Industrial de Marte, que había concluido cuando la carrera tuvo como nuevo objetivo las estrellas. Había arreglado el motor y se trasladaba con él de ciudad muerta en ciudad muerta a través de las tierras de los ociosos y de los jornaleros, de los soñadores y de los perezosos, hombres atrapados en el remolino del espacio, hombres como él mismo y Craig, que nunca habían tenido grandes ambiciones y habían encontrado en Marte un buen sitio donde no hacer nada.

—Hace cinco mil años, no, diez mil, los marcianos crearon la Botella Azul —dijo Beck—. De vidrio soplado marciano... perdida y encontrada, perdida y encontrada, una y otra vez.

Contempló fijamente la neblina tórrida que hacía vibrar la ciudad muerta. «Toda mi vida —pensó Beck— no he hecho nada, y nada dentro de esa nada. Otros, mejores hombres, han hecho grandes cosas, han viajado a Mercurio, a Venus, o fuera del sistema. Todos menos yo. Pero la Botella Azul podría cambiar todo eso.

Se dio la vuelta y se alejó del coche silencioso.

Craig salió del vehículo y lo siguió moviéndose con agilidad.

—¿Cuánto tiempo llevas buscándola ya? ¿Diez años? Te mueves en sueños, te despiertas con los puños apretados, sudas desde la mañana hasta la noche. Estás desesperado por conseguir esa botella y ni siquiera sabes lo que hay dentro. Estás como una regadera, Beck.

—Cállate, cállate —dijo Beck apartando de una patada un montoncito de guijarros.

Entraron juntos en las ruinas de la ciudad, siguiendo un mosaico de baldosas agrietadas que formaban un tapiz de piedra donde se representaban frágiles criaturas marcianas, bestias extinguidas desde hacía mucho tiempo que aparecían y desaparecían cuando el leve aliento del viento removía el silencioso polvo.

—Espera —dijo Beck. Juntó las manos alrededor de la boca y gritó—: ¡Eh, vosotros!

—... vosotros! —respondió un eco, y cayeron torres. Fuentes y columnas de piedra se plegaron sobre sí mismas. La historia siempre se repetía en esas ciudades. A veces torres hermosas como sinfonías se desmoronaban al sonido de una palabra. Era como ver desintegrarse una cantata de Bach delante de los ojos.

Un momento después: huesos sepultados bajo huesos. El polvo se asentó. Dos estructuras permanecían intactas.

Beck se puso en marcha e hizo una seña con la cabeza a su amigo para que lo siguiera.

Iniciaron la búsqueda.

Y mientras buscaban, Craig se detuvo un momento y una leve sonrisa asomó en sus labios.

—En esa botella —preguntó—, ¿crees que puede haber una mujer diminuta, plegada como esas tazas de latón que se despliegan, o esas flores japonesas que se ponen en el agua y se abren?

—No necesito una mujer.

—Tal vez sí la necesitas. Tal vez nunca has tenido una mujer de verdad, una que te quiera, así que, en secreto, eso es lo que esperas encontrar dentro de la botella. —Craig frunció la boca—. O quizá encuentres algo de tu infancia, envuelto en un paquete minúsculo, como un lago, un árbol que trepaste, hierba verde, un cangrejo... ¿Qué te parece?

Beck fijó la mirada en un punto lejano.

—A veces... sí, pienso que podría ser eso. El pasado... la Tierra. No sé.

Craig asintió.

—Tal vez lo que hay dentro de la botella depende de quién lo mire. Ahora bien, si hubiera un trago de whisky...

—Sigue buscando —dijo Beck.

Había siete habitaciones llenas de brillo y destellos; desde el suelo hasta el techo, en distintos niveles, se acumulaban toneles, vasijas de barro, botellas grandes, urnas, jarrones... todos de vidrio rojo, rosado, amarillo, violeta o negro. Beck los hizo trizas uno a uno, para eliminarlos, para quitarlos de en medio y así no tener que examinarlos de nuevo.

Beck terminó su habitación y se preparó para asaltar la siguiente. Casi le asustaba continuar. Le asustaba la posibilidad de encontrarla esta vez, de que la búsqueda terminara y con ella se esfumara el sentido de su vida. Solo cuando se enteró de la existencia de la Botella Azul, por unos viajeros del fuego procedentes de Venus que se dirigían a Júpiter, hacía diez años, tuvo un propósito en su vida. Una fiebre se había apoderado de él y lo consumía desde entonces. Dosificándola concienzudamente, la perspectiva de encontrar la botella podría llenar su vida hasta el último día. Otros treinta años de búsqueda, si era cuidadoso y conseguía no ser excesivamente diligente, ni reconocer abiertamente que no se trataba únicamente de la botella, sino de la búsqueda en sí, el ir de un sitio a otro explorando el polvo y las ciudades, el movimiento continuo.

Oyó un ruido sordo. Se dio la vuelta y enfiló hasta una ventana que daba al patio. Una pequeña bicicleta se había detenido casi sin hacer ruido al final de la calle. Un hombre rollizo y rubio se bajó del sillín y paseó la mirada por la ciudad. Otro buscador. Beck suspiró. Había miles de ellos, buscando sin descanso. Pero también había miles de ciudades, pueblos y aldeas en ruinas, y se tardaría un milenio en inspeccionar todos.

Craig apareció por una puerta.

—¿Cómo va?

—No ha habido suerte —respondió Beck—. ¿Notas ese olor?

—¿A qué? —preguntó Craig mirando alrededor.

—Huele a... bourbon.

—¡Ah! —Craig se echó a reír—. ¡Soy yo!

—¿Tú?

—Acabo de echar un trago. Lo he encontrado en la otra habitación. Estaba buscando entre un montón de botellas que he encontrado, como siempre, y en una de ellas quedaba un poco de bourbon, así que me lo he bebido.

Beck lo miró fijamente y comenzó a temblar.

—¿Qué... qué pinta el bourbon en una botella marciana? —Tenía las manos heladas. Dio lentamente un paso adelante—. ¡Enséñamela!

—Estoy seguro de que...

—¡Enséñamela, maldita sea!

Ahí estaba, en un rincón de la habitación, un recipiente de vidrio marciano azul como el cielo, del tamaño de un pequeño fruto, ligero y etéreo en la mano de Beck, que la depositó encima de una mesa.

—Está llena hasta la mitad de bourbon —dijo Craig.

—Yo no veo nada dentro.

—Agítala.

Beck la tomó y la agitó delicadamente.

—¿Oyes cómo borbotea?

—No.

—Pues yo lo oigo con toda claridad.

Beck volvió a dejarla sobre la mesa. Los rayos del sol que entraban por una ventana arrancaban destellos azules del fino recipiente. Era el azul de una estrella en la palma de la mano. El azul de una bahía al mediodía. El azul de un diamante por la mañana.

—Es esta —dijo en voz baja Beck—. Sé que lo es. No tenemos que seguir buscando. Hemos encontrado la Botella Azul.

Craig se mostró escéptico.

—¿Seguro que no ves nada dentro?

—Nada... Pero... —Beck se inclinó para acercarse a la botella y escrutó el universo azul de vidrio—. Quizá si la abro y dejo salir lo que sea que contiene, lo sabré.

—He apretado fuerte el tapón —dijo Craig tendiendo las manos hacia la botella.

—Les ruego que me disculpen, caballeros —irrumpió una voz desde la puerta que había a su espalda.

El hombre rollizo y rubio entró en su campo visual empuñando una pistola. No les miraba la cara, solo tenía ojos para la botella de vidrio azul. Una sonrisa comenzó a cobrar forma en sus labios.

—Detesto las armas —añadió—, pero es una cuestión de fuerza mayor, ya que necesito poseer esa obra de arte. Les sugiero que me permitan llevármela sin causar problemas.

Beck parecía casi encantado. Apreciaba cierta belleza en la conveniencia del incidente; el hecho de que

le robaran el tesoro antes de tener la oportunidad de abrirlo era una de esas cosas que deseaba en silencio. Se le abría un abanico de posibilidades: una persecución, una lucha, una serie de éxitos y de derrotas y, antes de que todo llegara a su fin, quizá otros cuatro o cinco años consagrados a una nueva búsqueda.

—Vamos —dijo el desconocido—. Entréguemela. —Levantó la pistola con actitud amenazante.

Beck le dio la botella.

—Extraordinario. Verdaderamente extraordinario —dijo el hombre rollizo—. Aún no me creo que haya sido tan sencillo como entrar en una habitación, oír la conversación de dos hombres y recibir de sus manos la Botella Azul. ¡Extraordinario!

El hombre salió a la luz del día riendo para sus adentros.

A medianoche, las ciudades eran huesos y polvo bajo la luz fría de las dos lunas de Marte. El todoterreno daba botes y traqueteaba mientras recorría la carretera dispersa y dejaba atrás las ciudades y las fuentes, los giróstatos, los muebles, los libros que cantaban con voz metálica y los cuadros que yacían bajo una capa de argamasa pulverizada y alas de insectos. Dejaba atrás ciudades que ya no eran ciudades sino vestigios reducidos a un fino sedimento que surgían sin ton ni son al antojo del viento de color burdeos entre un lugar y otro, la arena en un reloj de arena gigante al que se daba la vuelta eternamente. El silencio se abría para dejar pasar el coche y se cerraba rápidamente detrás de él.

—Nunca encontraremos a ese hombre —se lamentó Craig—. Estas malditas carreteras son muy viejas y

están llenas de baches y resaltos. Esto es un desastre. La bicicleta le da ventaja. Puede sortear todos los obstáculos. ¡Maldita sea!

Viraron bruscamente para evadir un tramo en mal estado. El coche se desplazaba como si fuera una goma de borrar por la vieja carretera cubierta de tierra, removiéndola para dejar a la vista los colores esmeralda y oro de los antiguos mosaicos marcianos incrustados en la superficie.

—¡Espera! —gritó Beck. Detuvo el coche—. He visto algo ahí atrás.

—¿Dónde?

—Retrocedieron un centenar de metros.

—Allí. ¿Lo ves? ¡Es él!

En una cuneta junto a la carretera yacía el hombre rollizo plegado sobre su bicicleta. No se movía. Tenía los ojos muy abiertos y, cuando Beck los iluminó con una linterna, brillaron tenuemente.

—¿Dónde está la botella? —le preguntó Craig.

Beck saltó a la zanja y tomó la pistola del hombre.

—No lo sé. Ha desaparecido —respondió Beck.

—¿Cómo ha muerto?

—Tampoco lo sé.

—La bicicleta parece estar en buen estado. Un accidente no ha sido.

Beck giró el cuerpo.

—No tiene heridas. Es como si... se hubiera detenido, por propia voluntad.

—Quizá sufrió un ataque al corazón —sugirió Craig—. Provocado por la emoción de encontrar la botella. Debió de detenerse aquí para esconderse, convencido de que todo había salido bien, y entonces el ataque lo mató.

—Eso no explica la desaparición de la Botella Azul.

—Alguien pasaría por aquí. Dios mío, tú sabes tan bien como yo la cantidad de buscadores que hay...

Escudriñaron la oscuridad en torno a ellos. Advirtieron un movimiento casi imperceptible a lo lejos, en la negritud tachonada de estrellas, en las colinas azules.

—¡Allí! —exclamó Beck señalando con el dedo—. Tres hombres a pie.

—Seguro que ellos...

—¡Dios mío, mira!

Abajo, en la cuneta, la figura del hombre rollizo brilló y comenzó a derretirse. Los ojos parecían feldespato bajo un súbito torrente de agua. La cara empezó a disolverse en fuego. El cabello semejava un puñado de mechadas de petardo chisporroteantes. El cuerpo comenzó a echar humo mientras lo observaban. Los dedos se agitaban recubiertos de llamas. Y entonces, como si un martillo gigante golpeará una estatua de cristal, el cuerpo del hombre explotó hacia arriba y desapareció en una llamarada de fragmentos rosados, convertido en una nube que la brisa nocturna empujó por la carretera.

—Tienen que haberle... hecho algo —dijo Craig—. Esos tres, con alguna nueva clase de arma.

—Pero no es la primera vez que sucede —repuso Beck—. Sé de otros hombres que tuvieron antes la Botella Azul. Desaparecieron. Y la botella pasó a manos de otros que también desaparecieron. —Negó con la cabeza—. Parecía un millón de luciérnagas cuando explotó...

—¿Vas a seguirlos?

Beck regresó al coche. Estudió los montículos del desierto, las colinas de huesos pulverizados y silencio.

—No será fácil, pero creo que podré seguirlos con el coche. Ya no tengo más remedio que hacerlo.

—Hizo una pausa. Volvió a hablar, pero esta vez para sí—: Creo que ya sé lo que contiene la Botella Azul ... Por fin comprendo que lo que más deseo está en esa botella. Esperándome.

—Yo no voy —dijo Craig volviendo al coche. Beck ya estaba sentado dentro, con las manos apoyadas en las rodillas—. No pienso acompañarte en tu persecución de tres hombres armados. Yo solo quiero vivir, Beck. Esa botella no significa nada para mí. No voy a arriesgar el pellejo por ella. Pero te deseo buena suerte.

—Gracias —dijo Beck, y se alejó con el coche, adentrándose en las dunas.

La noche era fría, como si una corriente de agua se precipitara sobre el capó de vidrio del todoterreno.

Beck pisó a fondo el acelerador para atravesar cauces de ríos muertos y alfombras de guijarros blancos entre altos barrancos. Cintas de doble luz lunar pintaban de color dorado bajorrelieves de dioses y animales en las paredes de los barrancos: caras de más de mil quinientos metros de altura en las que se habían grabado y estampado símbolos que relataban historias marcianas, rostros increíbles en que los ojos y las bocas abiertas eran grandes cavernas naturales.

El rugido del motor provocaba el desprendimiento de roca y piedras. En un alud, segmentos dorados de la escultura antiquísima de un barranco se desprendieron de los rayos de las lunas en la cima del precipicio y desaparecieron en las tinieblas azules y frías.

En medio de ese estrépito, mientras conducía, Beck hurgó en su memoria para desenterrar todas las noches de los últimos diez años; noches en las que había encendido fuegos rojos en lechos marinos y cocina-

do sin prisa, pensativo. Y había soñado. Siempre esos sueños de deseo. Sin saber cuál era el objeto de su deseo. Era así desde su juventud. La dura vida en la Tierra, el gran pánico del año 2130, la hambruna, el caos, las revueltas, el deseo. Luego los años errando de planeta en planeta, sin mujeres, sin amor, los años solitarios. Se sale de la oscuridad a la luz, del útero al mundo, ¿y acaso se encuentra algo que se desee de verdad?

¿Y aquel muerto en la cuneta? ¿No había estado buscando siempre algo más? Algo que no tenía. ¿Qué había para los hombres como él? ¿O para cualquiera? ¿Existía una sola cosa que valiera la pena anhelar?

La Botella Azul.

Frenó bruscamente el coche y bajó de un salto empuñando la pistola. Echó a correr por las dunas, agazapado. Delante de él, los tres hombres estaban tendidos sobre la arena fría, alineados. Eran terrícolas, con el rostro bronceado, ropas toscas y manos nudosas. La luz de las estrellas se reflejaba en la Botella Azul, que yacía entre ellos.

Los cuerpos comenzaron a derretirse ante la mirada de Beck y se descompusieron en nubes de vapor, gotas de rocío y cristales. Un instante después dejaron de existir.

Beck sintió el frío en el cuerpo mientras esos copos le caían en los ojos y le acariciaban los labios y las mejillas.

No se movió.

El hombre rollizo. Muerto y desintegrado. La voz de Craig: «alguna nueva clase de arma...».

No. No era un arma en absoluto.

La Botella Azul.

La habían abierto para encontrar lo que más deseaban. Durante largos y solitarios años, todos los hom-

bres infelices, anhelantes, la habían abierto para encontrar lo que más deseaban en los planetas del universo. Y todos lo habían encontrado, incluso esos tres. Ahora era fácil entender por qué la botella pasaba tan deprisa de uno a otro y todos los hombres desaparecían tras poseerla. Convertidos en rastros que revoloteaban en la arena, a lo largo de las orillas de mares muertos. Transformados en llamas y en luciérnagas. En niebla.

Beck tomó la botella y la mantuvo alejada de su cuerpo durante un largo rato. Los ojos le brillaban con luz clara. Las manos le temblaban.

«¿Así que esto es lo que he estado buscando?», se preguntó. Giró la botella y de ella surgió un rayo de la luz azul reflejada de las estrellas.

«¿Así que esto es lo que todos los hombres desean de verdad? ¿El deseo secreto, sepultado en lo más profundo de nuestro ser, escondido hasta el punto de que ni siquiera somos capaces de imaginarlo? ¿El impulso subliminal? ¿Así que esto es lo que buscamos todos los hombres, no sin cierto sentimiento de culpa?»

La muerte.

El fin de la duda, del tormento, de la monotonía, del deseo, de la soledad, del miedo... El fin de todo.

«¿Todos los hombres?»

No, Craig no. Craig era, quizá, mucho más afortunado. Unos pocos hombres eran como animales en el universo: no se hacían preguntas, bebían en charcas, engendraban y criaban a sus crías y nunca se les pasaba por la cabeza la posibilidad de que la vida no fuera buena. Craig era así. Había un puñado como él. Animales felices en una gran reserva natural, en manos de Dios, con una religión y una fe que se desarrollaban como un sistema nervioso especial. Los hombres no

neuróticos entre los miles de millones neuróticos. No anhelaban la muerte ahora, sino más adelante, de manera natural. No ahora, sino más tarde.

Beck levantó la botella. «Qué sencillo —pensó—, y qué adecuado. Es lo que siempre he deseado. Lo único.»

Lo único.

La botella estaba abierta y era azul a la luz de las estrellas. Beck aspiró una gran bocanada del aire que salía de ella y lo introdujo en sus pulmones.

«Por fin es mía», se dijo.

Se relajó. Sintió primero un frío maravilloso y luego un calor también maravilloso. Sabía que estaba deslizándose por un largo tobogán de estrellas hacia una oscuridad deliciosa como el vino. Nadaba en vino azul y blanco y rojo. Tenía velas en el pecho y giraban ruedas de fuego. Sintió que sus manos lo abandonaban, que sus piernas se alejaban volando, de un modo divertido. Rio. Cerró los ojos y rio.

Era muy feliz por primera vez en su vida.

La Botella Azul cayó a la arena fría.

Al amanecer, Craig pasó por allí silbando. Vio la botella tirada en la desierta arena blanca con la primera luz rosada del sol. Mientras la levantaba del suelo oyó un susurro feroz. Una multitud de luciérnagas anaranjadas, rojas y moradas cruzaron el aire revoloteando.

El lugar estaba muy tranquilo.

—Maldita sea. —Craig lanzó una mirada a las ventanas muertas de una ciudad cercana—. ¡Eh, Beck!

Una torre esbelta se desmoronó convertida en polvo.

—¡Beck, tu tesoro está aquí! ¡Yo no lo quiero! ¡Ven a por él!

—... a por él —repitió el eco, y la última torre se derrumbó.

Craig esperó.

—Esta sí que es buena —dijo—. La botella está aquí mismo y no hay rastro del bueno de Beck. —Agitó el recipiente azul.

La botella borboteó.

—¡Sí, señor! Está igual que la encontré la otra vez. ¡Llena de bourbon, Dios mío! —La abrió y bebió.

Sostuvo la botella sin darle la menor importancia.

—Tanto esfuerzo para un poco de bourbon. Esperaré aquí al bueno de Beck y le daré su maldita botella. Mientras tanto... tómese otro trago, señor Craig. A Beck no le importará.

El único sonido que se oía en aquella tierra muerta era el del líquido descendiendo por una garganta seca. La Botella Azul destelló a la luz del sol.

Craig sonrió dichoso y volvió a beber.